

El problema económico
del masoquismo
(1924)

Nota introductoria

«Das ökonomische Problem des Masochismus»

Ediciones en alemán

- 1924 *Int. Z. Psychoanal.*, **10**, n.º 2, págs. 121-33.
1924 *GS*, **5**, págs. 374-86.
1926 *Psychoanalyse der Neurosen*, págs. 147-62.
1931 *Neurosenlehre und Technik*, págs. 193-207.
1940 *GW*, **13**, págs. 371-83.
1975 *SA*, **3**, págs. 339-54.

*Traducciones en castellano **

- 1929 «El problema económico del masoquismo». *BN* (17 vols.), **13**, págs. 263-76. Traducción de Luis López-Ballesteros.
1943 Igual título. *EA*, **13**, págs. 273-86. El mismo traductor.
1948 Igual título. *BN* (2 vols.), **1**, págs. 1036-42. El mismo traductor.
1953 Igual título. *SR*, **13**, págs. 208-18. El mismo traductor.
1967 Igual título. *BN* (3 vols.), **1**, págs. 1023-30. El mismo traductor.
1974 Igual título. *BN* (9 vols.), **7**, págs. 2752-9. El mismo traductor.

El presente trabajo fue concluido antes de fines de enero de 1924 (Jones, 1957, pág. 114).

En esta importante obra, Freud ofrece su más completa descripción del enigmático fenómeno del masoquismo. Ya lo había abordado, aunque siempre en forma más bien provisional, en sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d),

* {Cf. la «Advertencia sobre la edición en castellano», *supra*, pág. xiii y n. 6.}

AE, 7, págs. 142-5,¹ en «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915c), AE, 14, págs. 122-5, y, con mucho mayor amplitud, en «“Pegan a un niño”» (1919e), artículo el último al que él mismo calificó, en una carta a Ferenczi, como «un escrito sobre el masoquismo». En todos los trabajos mencionados, el masoquismo deriva de un sadismo anterior, no reconociéndose nada semejante a un masoquismo primario. (Cf., por ejemplo, AE, 14, págs. 123-4, y 17, págs. 190-1.) Sin embargo, en *Más allá del principio de placer* (1920g), tras la introducción de la «pulsión de muerte», se nos dice que «podría haber también un masoquismo primario» (AE, 18, pág. 53), y en la presente obra su existencia se da por cierta,² explicándola principalmente sobre la base de la «mezcla» y «desmezcla» de las dos clases de pulsiones —concepto ya examinado en detalle en *El yo y el ello* (1923b), que se publicó menos de un año antes—, al paso que en las interesantes consideraciones introductorias se analiza la aparente contradicción de una pulsión que apunta al displacer, y se distingue por primera vez con claridad el «principio de constancia» del «principio de placer».

Freud muestra que ese masoquismo primario o «erógeno» tiene dos formas derivadas; a una de ellas, que denomina «femenina», ya la había examinado en su trabajo «“Pegan a un niño”»; pero la tercera clase de masoquismo, el «masoquismo moral», le permite explayarse sobre muchos puntos que habían sido apenas rozados en *El yo y el ello*, y plantear nuevos problemas en relación con los sentimientos de culpa y la actividad de la conciencia moral.

James Strachey

¹ Gran parte de lo que allí dice sobre este tema fue en verdad agregado al libro en 1915; lo esencial del presente artículo está contenido en una nota al pie agregada en 1924.

² Tal vez deba mencionarse que sólo en escritos posteriores, a partir del capítulo VI de *El malestar en la cultura* (1930a), Freud dirigió su atención más específicamente a la acción de la pulsión de muerte: *volcada hacia el mundo exterior* (la agresividad y la destructividad), si bien se ocupa de esto hasta cierto punto al final del presente artículo.

Desde el punto de vista económico, la existencia de la aspiración masoquista en la vida pulsional de los seres humanos puede con derecho calificarse de enigmática. En efecto, el masoquismo es incomprensible si el principio de placer gobierna los procesos anímicos de modo tal que su meta inmediata sea la evitación de displacer y la ganancia de placer. Si dolor y displacer pueden dejar de ser advertencias para constituirse, ellos mismos, en metas, el principio de placer queda paralizado, y el guardián de nuestra vida anímica, por así decir, narcotizado.

De este modo, el masoquismo se nos aparece bajo la luz de un gran peligro, lo cual no ocurre en absoluto con su contraparte, el sadismo. Nos sentimos tentados de dar al principio de placer el nombre de guardián de nuestra vida, y no sólo de nuestra vida anímica. Pero entonces se plantea la tarea de indagar la relación del principio de placer con las dos variedades de pulsiones que hemos distinguido, las pulsiones de muerte y las pulsiones eróticas (libidinosas) de vida, y no avanzaremos en la apreciación del problema masoquista hasta que no cumplamos con ese requerimiento.

Recuérdese que hemos concebido al principio que gobierna todos los procesos anímicos como un caso especial de la *tendencia a la estabilidad*, de Fechner;¹ así, atribuimos al aparato anímico el propósito de reducir a la nada las sumas de excitación que le afluyen, o al menos mantenerlas en el mínimo grado posible. Barbara Low [1920, pág. 73] propuso, para este afán supuesto del aparato, el nombre de *principio de Nirvana*, que aceptamos.² Pero identificamos apresuradamente el principio de placer-displacer con este

¹ *Más allá del principio de placer* (1920g) [AE, 18, pág. 9].

² [*Ibid.*, pág. 54. Anteriormente, Freud lo había llamado «principio de constancia». Se hallará una rescña completa de la historia del uso de estos conceptos por parte de Freud y de su relación con el principio de placer en una nota al pie agregada por mí en «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915c), AE, 14, págs. 116-7.]

principio de Nirvana. De ser idénticos, todo displacer debería coincidir con una elevación, y todo placer con una disminución, de la tensión de estímulo presente en lo anímico; el principio de Nirvana (y el principio de placer, supuestamente idéntico a él) estaría por completo al servicio de las pulsiones de muerte, cuya meta es conducir la inquietud de la vida a la estabilidad de lo inorgánico, y tendría por función alertar contra las exigencias de las pulsiones de vida —de la libido—, que procuran perturbar el ciclo vital a cuya consumación se aspira. Pues bien; esta concepción no puede ser correcta. Parece que registramos el aumento y la disminución de las magnitudes de estímulo directamente dentro de la serie de los sentimientos de tensión, y es indudable que existen tensiones placenteras y distensiones displacenteras. El estado de la excitación sexual es el ejemplo más notable de uno de estos incrementos placenteros de estímulo, aunque no el único por cierto.

Entonces, placer y displacer no pueden ser referidos al aumento o la disminución de una cantidad, que llamamos «tensión de estímulo», si bien es evidente que tienen mucho que ver con este factor. Parecieran no depender de este factor cuantitativo, sino de un carácter de él, que sólo podemos calificar de cualitativo. Estaríamos mucho más adelantados en la psicología si supiésemos indicar este carácter cualitativo. Quizá sea el *ritmo*, el ciclo temporal de las alteraciones, subidas y caídas de la cantidad de estímulo;³ no lo sabemos.

Comoquiera que fuese, deberíamos percatarnos de que el principio de Nirvana, súbdito de la pulsión de muerte, ha experimentado en el ser vivo una modificación por la cual devino principio de placer; y en lo sucesivo tendríamos que evitar considerar a esos dos principios como uno solo. Ahora bien, si nos empeñamos en avanzar en el sentido de esta reflexión, no resultará difícil colegir el poder del que partió tal modificación. Sólo pudo ser la pulsión de vida, la libido, la que de tal modo se conquistó un lugar junto a la pulsión de muerte en la regulación de los procesos vitales. Así obtenemos una pequeña, pero interesante, serie de correspondencias: el principio de *Nirvana* expresa la tendencia de la pulsión de muerte; el principio de *placer* subroga la exigencia de la libido, y su modificación, el principio de *realidad*,⁴ el influjo del mundo exterior.

³ [Ya se había formulado esta conjetura en *Más allá del principio de placer* (1920g), *AE*, 18, págs. 7-8 y 61.]

⁴ [Cf. «Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico» (1911b), *AE*, 12, págs. 224-5.]

En verdad, ninguno de estos tres principios es destituido por los otros. En general saben conciliarse entre sí, aun cuando en ocasiones desembocará forzosamente en conflictos el hecho de que por un lado se establezca como meta la rebaja cuantitativa de la carga de estímulo, por el otro un carácter cualitativo de ella y, en tercer lugar, una demora de la descarga de estímulo y una admisión provisional de la tensión de displacer.

La conclusión de estas elucidaciones es que no puede rehusarse al principio de placer el título de guardián de la vida.⁵

Volvamos al masoquismo. Se ofrece a nuestra observación en tres figuras: como una condición a la que se sujeta la excitación sexual, como una expresión de la naturaleza femenina y como una norma de la conducta en la vida (*behaviour*). De acuerdo con ello, es posible distinguir un masoquismo *erógeno*, uno *femenino* y uno *moral*. El primero, el masoquismo erógeno, el placer {gusto} de recibir dolor, se encuentra también en el fundamento de las otras dos formas; han de atribuírsele bases biológicas y constitucionales, y permanece incomprendible si uno no se decide a adoptar ciertos supuestos acerca de constelaciones que son totalmente oscuras. La tercera forma de manifestación del masoquismo, en cierto sentido la más importante, sólo recientemente ha sido apreciada por el psicoanálisis como un sentimiento de culpa las más de las veces inconciente. Empero, ya admite un esclarecimiento pleno y su inserción dentro de la trama de nuestros conocimientos. En cuanto al masoquismo femenino, es el más accesible a nuestra observación, el menos enigmático, y se lo puede abarcar con la mirada en todos sus nexos. Empecemos con él nuestra exposición.

De esta clase de masoquismo en el varón (al que me limito aquí, en razón del material disponible) nos dan suficiente noticia las fantasías de personas masoquistas (y a menudo por eso impotentes), que o desembocan en el acto onanista o figuran por sí solas la satisfacción sexual.⁶ Las escenificaciones {*Veranstaltung*} reales de los perversos masoquistas responden punto por punto a esas fantasías, ya sean ejecutadas como un fin en sí mismas o sirvan para

⁵ [Freud retomó esta argumentación en el capítulo VIII de su *Esquema del psicoanálisis* (1940a).]

⁶ [Cf. «Pegan a un niño» (1919e), *AE*, 17, págs. 193 y sigs.]

producir la potencia e iniciar el acto sexual. En ambos casos —ya que aquellas no son sino la realización escénica {*spielerrische*} de las fantasías— el contenido manifiesto es el mismo: ser amordazado, atado, golpeado dolorosamente, azotado, maltratado de cualquier modo, sometido a obediencia incondicional, ensuciado, denigrado. Es mucho más raro que dentro de este contenido se incluyan mutilaciones; cuando sucede, se les impone grandes limitaciones. La interpretación más inmediata y fácil de obtener es que el masoquista quiere ser tratado como un niño pequeño, desvalido y dependiente, pero, en particular, como un niño díscolo. Huelga aducir casuística; todo el material es homogéneo y accesible a cualquier observador, aunque no sea analista. Pero si se tiene la oportunidad de estudiar casos en que las fantasías masoquistas hayan experimentado un procesamiento particularmente rico, es fácil descubrir que ponen a la persona en una situación característica de la femineidad, vale decir, significan ser castrado, ser poseído sexualmente o parir. Por eso he dado a esta forma de manifestación del masoquismo el nombre de «femenina», en cierto modo *a potiori* [sobre la base de sus ejemplos extremos], aunque muchísimos de sus elementos apuntan a la vida infantil. Sobre esta estratificación superpuesta de lo infantil y lo femenino daremos después un esclarecimiento simple. La castración o el dejar ciego, que la subroga, ha impreso a menudo su huella negativa en las fantasías: la condición de que a los genitales o a los ojos, justamente, no les pase nada. (Por lo demás, es raro que los martirios masoquistas cobren un aspecto tan serio como las crueldades —fantaseadas o escenificadas {*inszeniert*}— del sadismo.) En el contenido manifiesto de las fantasías masoquistas se expresa también un sentimiento de culpa cuando se supone que la persona afectada ha infringido algo (se lo deja indeterminado) que debe expiarse mediante todos esos procedimientos dolorosos y martirizadores. Esto aparece como una racionalización superficial de los contenidos masoquistas, pero detrás se esconde el nexo con la masturbación infantil. Y por otra parte, este factor, la culpa, nos lleva a la tercera forma, el masoquismo moral.

El masoquismo femenino que acabamos de describir se basa enteramente en el masoquismo primario, erógeno, el placer de recibir dolor; no obtendremos su explicación sin retomar el problema desde muy atrás.

En *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), en la sección sobre las fuentes de la sexualidad infantil, formulé la tesis

de que «la excitación sexual se genera como efecto colateral, a raíz de una gran serie de procesos internos, para lo cual basta que la intensidad de estos rebasa ciertos límites cuantitativos». Y que quizás «en el organismo no ocurra nada de cierta importancia que no ceda sus componentes a la excitación de la pulsión sexual».⁷ Según eso, también la excitación de dolor y la de displacer tendrían esa consecuencia.⁸ Esa coexcitación libidinosa provocada por una tensión dolorosa y displacentera sería un mecanismo fisiológico infantil que se agotaría luego. En las diferentes constituciones sexuales experimentaría diversos grados de desarrollo, y en todo caso proporcionaría la base fisiológica sobre la cual se erigiría después, como superestructura psíquica, el masoquismo erótico.

Ahora bien, esta explicación demuestra ser insuficiente al no arrojar ninguna luz sobre los vínculos regulares e íntimos entre el masoquismo y su contraparte en la vida pulsional, el sadismo. Si se retrocede algo más, hasta el supuesto de las dos variedades de pulsiones que consideramos operantes en el ser vivo, se llega a otra derivación, que, empero, no contradice a la anterior. En el ser vivo (pluricelular), la libido se enfrenta con la pulsión de destrucción o de muerte; esta, que impera dentro de él, querría desagregarlo y llevar a cada uno de los organismos elementales a la condición de la estabilidad inorgánica (aunque tal estabilidad sólo pueda ser relativa). La tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora; la desempeña desviándola en buena parte —y muy pronto con la ayuda de un sistema de órgano particular, la musculatura— hacia afuera, dirigiéndola hacia los objetos del mundo exterior. Recibe entonces el nombre de pulsión de destrucción, pulsión de apoderamiento, voluntad de poder. Un sector de esta pulsión es puesto directamente al servicio de la función sexual, donde tiene a su cargo una importante operación. Es el sadismo propiamente dicho. Otro sector no obedece a este traslado hacia afuera, permanece en el interior del organismo y allí es ligado libidinosa-mente con ayuda de la coexcitación sexual antes mencionada; en ese sector tenemos que discernir el masoquismo erótico, originario.⁹

Nos falta todo saber fisiológico acerca de los caminos y los medios por los cuales pueda consumarse este domeña-

⁷ [AE, 7, pág. 186.]

⁸ [Ibid., pág. 185.]

⁹ [Véase con respecto a todo esto *El yo y el ello* (1923b), *supra*, pág. 42, así como la descripción hecha en *Más allá del principio de placer* (1920g), AE, 18, pág. 49.]

miento¹⁰ de la pulsión de muerte por la libido. Dentro del círculo de ideas del psicoanálisis, no cabe sino este supuesto: se producen una mezcla y una combinación muy vastas, y de proporciones variables, entre las dos clases de pulsión; así, no debemos contar con una pulsión de muerte y una de vida puras, sino sólo con contaminaciones de ellas, de valencias diferentes en cada caso. Por efecto de ciertos factores, a una mezcla de pulsiones puede corresponderle una desmezcla. No alcanzamos a colegir la proporción de las pulsiones de muerte que se sustraen de ese domeñamiento logrado mediante ligazón a complementos libidinosos.

Si se consiente alguna imprecisión, puede decirse que la pulsión de muerte actuante en el interior del organismo —el sadismo primordial— es idéntica al masoquismo. Después que su parte principal fue trasladada afuera, sobre los objetos, en el interior permanece, como su residuo, el genuino masoquismo erógeno, que por una parte ha devenido un componente de la libido, pero por la otra sigue teniendo como objeto al ser propio. Así, ese masoquismo sería un testigo y un relicto de aquella fase de formación en que aconteció la liga, tan importante para la vida, entre Eros y pulsión de muerte. No nos asombrará enterarnos de que el sadismo proyectado, vuelto hacia afuera, o pulsión de destrucción, puede bajo ciertas constelaciones ser introyectado de nuevo, vuelto hacia adentro, regresando así a su situación anterior. En tal caso da por resultado el masoquismo secundario, que viene a añadirse al originario.

El masoquismo erógeno acompaña a la libido en todas sus fases de desarrollo, y le toma prestados sus cambiantes revestimientos psíquicos.¹¹ La angustia de ser devorado por el animal totémico (padre) proviene de la organización oral, *primitiva*; el deseo de ser golpeado por el padre, de la fase sádico-anal, que sigue a aquella; la castración, si bien desmentida más tarde, interviene en el contenido de las fantasías masoquistas como sedimento del estadio fálico de organización;¹² y, desde luego, las situaciones de ser poseído sexualmente y de parir, características de la feminidad, de-

¹⁰ [*«Bändigung»*]; vuelve a utilizar esta palabra en «Análisis terminable e interminable» (1937c), *AE*, 23, pág. 227; mucho antes, en el «Proyecto de psicología» de 1895 (1950a), *AE*, 1, pág. 430, había aplicado la misma idea al «domeñamiento» de los recuerdos.]

¹¹ [*«Psychische Umkleidungen»*]; esta imagen fue empleada de antiguo por Freud. Aparece varias veces, verbigracia, en el caso «Dora» (1905e), *AE*, 7, págs. 73-4 y 87, n. 13.]

¹² Véase «La organización genital infantil» (1923e) [*supra*, pág. 147, donde en una nota al pie comento el empleo del término «desmentida».]

rivan de la organización genital definitiva. También resulta fácil comprender el papel que las nalgas desempeñan en el masoquismo, prescindiendo de su obvio fundamento real.¹³ Las nalgas son la parte del cuerpo preferida erógenamente en la fase sádico-anal, como lo son las mamas en la fase oral, y el pene en la genital.

La tercera forma del masoquismo, el masoquismo moral,¹⁴ es notable sobre todo por haber aflojado su vínculo con lo que conocemos como sexualidad. Es que en general todo padecer masoquista tiene por condición la de partir de la persona amada y ser tolerado por orden de ella; esta restricción desaparece en el masoquismo moral. El padecer como tal es lo que importa; no interesa que lo inflija la persona amada o una indiferente; así sea causado por poderes o circunstancias impersonales, el verdadero masoquista ofrece su mejilla toda vez que se presenta la oportunidad de recibir una bofetada. Para explicar esta conducta es muy tentador dejar de lado la libido y limitarse al supuesto de que aquí la pulsión de destrucción fue vuelta de nuevo hacia adentro y ahora abate su furia sobre el sí-mismo propio; no obstante, debe de tener su sentido el hecho de que el uso lingüístico no haya resignado el vínculo de esta norma de conducta en la vida con el erotismo, y llame también «masoquistas» a estos que se infieren daño a sí mismos.

Fieles a un hábito técnico, nos ocuparemos primero de la forma extrema, indudablemente patológica, de este masoquismo. En otro lugar¹⁵ he señalado que en el tratamiento analítico nos topamos con pacientes cuyo comportamiento frente a los influjos de la cura nos fuerza a atribuirles un sentimiento de culpa «inconciente». Indiqué ahí aquello por lo cual se reconoce a estas personas (la «reacción terapéutica negativa»), y no dejé de consignar que la intensidad de una moción de esta índole significa una de las resistencias más graves y el mayor peligro para el éxito de nuestros propósitos médicos o pedagógicos. La satisfacción de este sentimiento inconciente de culpa es quizás el rubro más fuerte de la ganancia de la enfermedad, compuesta en general por

¹³ [Hay una referencia a esto en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905d), AE, 7, pág. 176.]

¹⁴ [En un párrafo agregado en 1909 a *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 4, pág. 176, Freud había propuesto la expresión «masoquistas ideales» {«*ideelle Masochisten*»} para los individuos que «no buscan el placer en el dolor corporal que se infligen sino en la humillación y en la mortificación psíquica».]

¹⁵ *El yo y el ello* (1923b) [*supra*, págs. 50-1].

varios de ellos, y el que más contribuye a la resultante de fuerzas que se revuelve contra la curación y no quiere resignar la condición de enfermo; el padecer que la neurosis conlleva es justamente lo que la vuelve valiosa para la tendencia masoquista. También es instructivo enterarse de que, contrariando toda teoría y expectativa, una neurosis que se mostró refractaria a los empeños terapéuticos puede desaparecer si la persona cae en la miseria de un matrimonio desdichado, pierde su fortuna o contrae una grave enfermedad orgánica. En tales casos, una forma de padecer ha sido relevada por otra, y vemos que únicamente interesa poder retener cierto grado de padecimiento.

No es fácil que los pacientes nos crean cuando les señalamos ese sentimiento inconciente de culpa. Saben demasiado bien de las torturas (remordimiento) en que se exterioriza un sentimiento conciente de culpa, una conciencia de culpa, y por eso no pueden admitir que albergarían en su interior mociones de esa clase sin sentir las para nada. Opino que, en cierta medida, daremos razón al veto de los pacientes si renunciamos a la denominación «sentimiento inconciente de culpa», por lo demás incorrecta psicológicamente,¹⁶ y en cambio hablamos de una «necesidad de castigo», que nos permite recubrir de manera igualmente cabal el estado de cosas observado. Pero no podemos abstenernos de apreciar y localizar este sentimiento inconciente de culpa según el modelo del sentimiento conciente.

Hemos atribuido al superyó la función de la conciencia moral, y reconocido en el sentimiento de culpa la expresión de una tensión entre el yo y el superyó.¹⁷ El yo reacciona con sentimientos de culpa (angustia de la conciencia moral)¹⁸ ante la percepción de que no está a la altura de los reclamos que le dirige su ideal, su superyó. Ahora queremos saber cómo ha llegado el superyó a este exigente papel, y por qué el yo tiene que sentir miedo en caso de haber diferencia con su ideal.

Si ya tenemos dicho que el yo encuentra su función en conciliar entre sí, en reconciliar, las exigencias de las tres instancias a las que sirve, podemos agregar que también para esto tiene en el superyó el arquetipo a que puede aspirar. En efecto, este superyó es el subrogado tanto del ello como del mundo exterior.¹⁹ Debe su génesis a que los pri-

¹⁶ [Porque no corresponde llamar «inconcientes» a los sentimientos; cf. *El yo y el ello*, *ibid.*, págs. 24-5.]

¹⁷ [*Ibid.*, pág. 38.]

¹⁸ [Cf. *Inhibición, síntoma y angustia* (1926d), *AE*, 20, pág. 122.]

¹⁹ [Cf. «Neurosis y psicosis» (1924b), *supra*, pág. 157.]

meros objetos de las mociones libidinosas del ello, la *pareja* parental, fueron introyectados en el yo, a raíz de lo cual el vínculo con ellos fue desexualizado, experimentó un desvío de las metas sexuales directas. Sólo de esta manera se posibilitó la superación del complejo de Edipo. Ahora bien, el superyó conservó caracteres esenciales de las personas introyectadas: su poder, su severidad, su inclinación a la vigilancia y el castigo. Como lo he señalado en otro lugar,²⁰ es fácilmente concebible que la severidad resulte acrecentada por la desmezcla de pulsiones que acompaña a esa introducción en el yo. Ahora el superyó, la conciencia moral eficaz dentro de él, puede volverse duro, cruel, despiadado hacia el yo a quien tuteía. De ese modo, el imperativo categórico de Kant es la herencia directa del complejo de Edipo.²¹

Pero esas mismas personas que, como instancia de la conciencia moral, siguen ejerciendo una acción eficaz dentro del superyó después que dejaron de ser objetos de las mociones libidinosas del ello, pertenecen, además, al mundo exterior real. De este fueron tomadas; su poder, tras el que se ocultan todos los influjos del pasado y de la tradición, fue una de las exteriorizaciones más sensibles de la realidad. Merced a esta coincidencia, el superyó, el sustituto del complejo de Edipo, deviene también representante del mundo exterior real y, así, el arquetipo para el querer-alcanzar del yo.

De este modo, como ya fue conjeturado en un sentido histórico,²² el complejo de Edipo demuestra ser la fuente de nuestra eticidad individual (moral). En el curso del desarrollo infantil, que lleva a la progresiva separación respecto de los progenitores, va retrocediendo la significatividad personal de estos para el superyó. A las imagos²³ que restan de ellos se anudan después los influjos de maestros, autoridades, modelos que uno mismo escoge y héroes socialmente reconocidos, cuyas personas ya no necesitan ser introyectadas por el yo, que ha devenido más resistente {*resistent*}. La figura última de esta serie que empieza con los progeni-

²⁰ *El yo y el ello* (1923b) [*supra*, pág. 55].

²¹ [*Ibid.*, págs. 36 y 49.]

²² En el cuarto ensayo de *Tótem y tabú* (1912-13).

²³ [El término «*imago*» no fue empleado por Freud con frecuencia, sobre todo en sus últimos escritos. Aparentemente, figura por vez primera en «Sobre la dinámica de la transferencia» (1912b), *AE*, 12, pág. 98, donde lo atribuye a Jung (1911-12, pág. 164). En este pasaje, Jung nos dice que lo eligió en parte influido por una novela con ese título del escritor suizo Carl Spitteler; y Hanns Sachs (1945, pág. 63) nos informa que la revista psicoanalítica *Imago*, fundada por él y Otto Rank en 1912, también tomó su título de la misma fuente.]

tores es el oscuro poder del destino, que sólo los menos de nosotros podemos concebir impersonalmente. Es poco lo que puede objetarse al literato holandés Multatuli²⁴ cuando sustituye la Μοῖρα [destino] de los griegos por la pareja divina Λόγος καὶ Ἀνάγκη [razón y necesidad];²⁵ pero todos los que trasfieren la guía del acontecer universal a la Providencia, a Dios, o a Dios y la Naturaleza, son sospechosos de sentir a estos poderes, no obstante ser los más exteriores y los más remotos, como si fueran una pareja de progenitores —vale decir, mitológicamente— y de creerse enlazados con ellos por ligazones libidinosas. En mi obra *El yo y el ello* (1923b)²⁶ he intentado derivar también la angustia realista de muerte de los seres humanos de una concepción como esta, parental, del destino. Parece muy difícil librarse de ella.

Tras estas consideraciones preliminares podemos volver a la apreciación del masoquismo moral. Dijimos²⁷ que la conducta —en la cura y en su vida— de las personas aquejadas despierta la impresión de que sufrieran una desmedida inhibición moral y estuvieran bajo el imperio de una conciencia moral particularmente susceptible, aunque no les sea conciente nada de esa hipermoral. Pero, si lo estudiamos de más cerca, notamos bien la diferencia que media entre esa continuación inconciente de la moral y el masoquismo moral. En la primera, el acento recae sobre el sadismo acrecentado del superyó, al cual el yo se somete; en la segunda, en cambio, sobre el genuino masoquismo del yo, quien pide castigo, sea de parte del superyó, sea de los poderes parentales de afuera. Pero nuestra confusión inicial puede disculparse, pues en los dos casos se trata de una relación entre el yo y el superyó o poderes equiparables a este último; y en ambos el resultado es una necesidad que se satisface mediante castigo y padecimiento. Además, difícilmente sea un detalle sin importancia que el sadismo del superyó deviene conciente casi siempre con estridencia, mientras que el afán

²⁴ E. D. Dekker (1820-1887). [«Multatuli» era desde mucho tiempo atrás uno de los autores favoritos de Freud; una de sus obras encabeza la lista de «los diez mejores libros» que este confeccionó en 1906 (Freud (1906f), *AE*, 9, pág. 224).]

²⁵ [La voz griega Ἀνάγκη ya había sido citada por Freud (si no antes) en el trabajo sobre Leonardo da Vinci (1910c), *AE*, 11, pág. 116; en cuanto a Λόγος, parecería ser esta la primera vez que la usa en sus escritos. Ambas, y en especial la segunda, son consideradas en los párrafos finales de *El porvenir de una ilusión* (1927c), *AE*, 21, págs. 52 y sigs.]

²⁶ [Cf. *supra*, págs. 58-9.]

²⁷ [*Ibid.*, págs. 50 y sigs.]

masoquista del yo permanece en general oculto para la persona y se lo debe descubrir por su conducta.

La condición de inconciente del masoquismo moral nos pone sobre una pista interesante. Podríamos traducir la expresión «sentimiento inconciente de culpa» por «necesidad de ser castigado por un poder parental». Ahora bien, sabemos que el deseo de ser golpeado por el padre, tan frecuente en fantasías, está muy relacionado con otro deseo, el de entrar con él en una vinculación sexual pasiva (femenina), y no es más que la desfiguración regresiva de este último. Si referimos este esclarecimiento al contenido del masoquismo moral, se nos vuelve evidente su secreto sentido. La conciencia moral y la moral misma nacieron por la superación, la desexualización, del complejo de Edipo; mediante el masoquismo moral, la moral es resexualizada, el complejo de Edipo es reanimado, se abre la vía para una regresión de la moral al complejo de Edipo. Y ello no redundaría en beneficio de la moral ni del individuo. Es verdad que este puede haber conservado, junto a su masoquismo, su eticidad íntegra o cierto grado de ella, pero también es posible que en el masoquismo naufrague buena parte de su conciencia moral. Por otra parte, este último crea la tentación de un obrar «pecaminoso», que después tiene que ser expiado con los reproches de la conciencia moral sádica (como en tantos tipos rusos de carácter) o con el castigo del destino, ese gran poder parental. Para provocar el castigo por parte de esta última subrogación de los progenitores, el masoquista se ve obligado a hacer cosas inapropiadas, a trabajar en contra de su propio beneficio, destruir las perspectivas que se le abren en el mundo real y, eventualmente, aniquilar su propia existencia real.

La reversión del sadismo hacia la persona propia ocurre regularmente a raíz de la *sofocación cultural de las pulsiones*, en virtud de la cual la persona se abstiene de aplicar en su vida buena parte de sus componentes pulsionales destructivos. Cabe imaginar que esta parte relegada de la pulsión de destrucción salga a la luz como un acrecentamiento del masoquismo en el interior del yo. Empero, los fenómenos de la conciencia moral dejan colegir que la destrucción que retorna desde el mundo exterior puede ser acogida por el superyó, y aumentar su sadismo hacia el yo, aun sin mediar aquella mudanza. El sadismo del superyó y el masoquismo del yo se complementan uno al otro y se aúnan para provocar las mismas consecuencias. Opino que sólo así es posible comprender que de la sofocación de las pulsiones resulte —con frecuencia o en la totalidad de los casos— un

sentimiento de culpa, y que la conciencia moral se vuelva tanto más severa y susceptible cuanto más se abstenga la persona de agredir a los demás.²⁸ De un individuo que sabe, acerca de sí mismo, que suele evitar agresiones culturalmente indeseadas, cabría esperar que por esa razón tuviera buena conciencia y vigilara a su yo con menor desconfianza. Lo habitual es presentar las cosas como si el reclamo ético fuera lo primario y la renuncia de lo pulsional su consecuencia. Pero así queda sin explicar el origen de la eticidad. En realidad, parece ocurrir lo inverso; la primera renuncia de lo pulsional es arrancada por poderes exteriores, y es ella la que crea la eticidad, que se expresa en la conciencia moral y reclama nuevas renunciaciones de lo pulsional.²⁹

Así, el masoquismo moral pasa a ser el testimonio clásico de la existencia de la mezcla de pulsiones. Su peligrosidad se debe a que descende de la pulsión de muerte, corresponde a aquel sector de ella que se ha sustraído a su vuelta hacia afuera como pulsión de destrucción. Pero como, por otra parte, tiene el valor psíquico {*Bedeutung*} de un componente erótico, ni aun la autodestrucción de la persona puede producirse sin satisfacción libidinosa.³⁰

²⁸ [Cf. *El yo y el ello* (1923b), *supra*, págs. 54-5.]

²⁹ [Los temas examinados en este párrafo fueron ampliados por Freud en el capítulo VII de *El malestar en la cultura* (1930a).]

³⁰ [Freud volvió a ocuparse del masoquismo, en relación con el tratamiento psicoanalítico, en «Análisis terminable e interminable» (1937c), *AF*, 23, pág. 244.]